

## Discurso San Isidoro 2015

Distinguidas autoridades,

Un año más la Festividad de san Isidoro de Sevilla, en la que también recordamos a san Francisco de Sales, nos permite gozar de la celebración y me ofrece la oportunidad de dirigiros unas palabras que, en primer lugar, deben ser de agradecimiento por el día a día, por el trabajo que no se ve, pero que está ahí, que construye, lo que, de verdad, conduce a la plenitud. Agradezco la inestimable colaboración del equipo decanal en el gobierno de la Facultad, de los directores de Departamento, coordinadores de titulación, de todos los que prestáis un servicio añadido y, cómo no, del Personal de Administración y servicios. Entre todos y con todos hacemos la Facultad.

Aprovecho también la oportunidad para expresar alguna de las preocupaciones que no pocos compartimos en el apasionante momento que nos toca vivir. Quizá os sorprenda lo que voy a decir. Es probable que, como tengo pocas oportunidades de dirigirme a vosotros de esta forma, no desperdicie esta para compartir algunas ideas que me vienen rondando últimamente por la cabeza y que, os puedo asegurar, no responden a ninguna situación concreta sino a estados de ánimo o de conciencia.

Si yo os hablara esta mañana del éxito del Programa con Columbia, dentro del marco de la ya iniciada Internacionalización por nosotros desde 2006 con licenciaturas bilingües, que nos coloca en otra liga de Facultades de Comunicación; o de la necesidad de consolidar los perfiles con la titulación de Comunicación Digital, -titulación de la que me dijeron el otro día los delegados que les ayudara a ordenar las prácticas, dado que tenían tantas ofertas que no sabían cómo dar cumplimiento a todas-; o del consolidado crecimiento de alumnos de Historia e Historia más Periodismo, os estaría glosando lugares comunes.

Hoy quiero hablaros de otra realidad, que está en el transcurso de las anteriores y que, en no pocas ocasiones, sobre todo en las de cambio, olvidamos. Aunque no os escondo que soy consciente que una lectura reduccionista de lo que pueda decir en mi intervención sostendría que establezco una falsa identificación entre lo que voy a denominar modelo de la Universidad basado en sus fines e inmovilismo. Ni mucho menos. Todo lo contrario; lo más avanzado es siempre lo que nace de y responde a la razón de ser de uno mismo. Para dar una respuesta adecuada a quienes consideran que

sostener los fines clásicos de la Universidad es una forma de inmovilismo –y cuando planteo este problema estoy hablando, por ejemplo, del papel de las Humanidades en la Universidad, o de la decisión sobre qué títulos deben impartirse en la Facultad en el Grado o en el Postgrado, o sobre cuál es el valor de determinadas disciplinas en relación con otras-, ofrezco esta reflexión.

En la naturaleza de la Universidad, *Universitas qua Universitas, secundum historia*, se encuentra el *Scholé* “ocium, en latín; ocio en español”, es decir, el ejercicio estructurado de la genuina práctica intelectual, contemplativa y reflexiva, y la *Paideia*, la formación integral de las virtudes intelectuales conjuntamente con el desarrollo de las virtudes morales, virtudes éticas y dianoéticas. Lo contrario es una institución de chatura intelectual y miopía moral. *Ocio* y *Paideia* son lo que mantiene viva el alma de la Universidad.

La práctica del ocio, *Scholé*, tiene como fin intrínseco la integración de las ciencias, la contemplación del todo, la búsqueda de la sabiduría. La práctica de la *Paideia* aspira a la formación humana integral, la formación de las virtudes intelectuales en su conjunto con un desarrollo de las virtudes morales. No hay *Paideia* sin *ocio*, y el verdadero *ocio* florece en la *Paideia*. Según santo Tomás de Aquino, desde el punto de vista de las virtudes, lo que relaciona la *Paideia* con el *ocio* es la prudencia. Tenemos aquí la virtud que integra las prácticas medulares de la Universidad en la vida concreta del estudiante, y en la del profesor. Prudencia, prudencia, prudencia.

La práctica del ocio, *Scholé*, no lo olvidemos, es la práctica de la productividad no-productiva. No se puede funcionalizar el alma de la universidad. Donde se haya perdido la *Scholé* no se dará la *Paideia*. Donde se haya perdido la práctica de la contemplación faltará la interacción meta-científica. Josef Pieper nos recordó que el ocio está en la base de la cultura. Sin *Scholé*, sin la no mensurabilidad del tiempo que perdemos en la contemplación del objeto de nuestra ciencia en conjunto, se nos escapará la profundidad y nos convertiremos en una máquina de afeitar que raspa la superficie de una roca.

Nuestra Facultad corre el peligro de convertirse en un equívoco, es decir, en un manifiesto fraude si no tuviera en cuenta estos dos parámetros. Nuestra labor como docentes e investigadores perdería el norte si no tuviera en cuenta lo anterior. Si cayéramos en la tentación de estar dedicados a conseguir, a través de diversas maquinarias, puntos para la ANECA en detrimento de, por ejemplo, la relación con los alumnos, las tutorías, estarían edificando sobre arena. Describir y comprender el

desarrollo de hecho de las Universidades en términos históricos, sociológicos, políticos y económicos, es una cosa. Comprender a la Universidad *qua* Universidad en términos intelectuales es otra. No tiene que ser contradictorias, deben ser complementarias. Tomás de Aquino, John Henry Newman, Ángel Herrera y Alasdair McIntyre no me llevarían, en este sentido, la contraria. Entiendo que esta dialéctica constituye un desafío, y es un correctivo saludable en aras de evitar posibles prácticas viciosas de un orden y de otro.

Permítaseme explicar esto un poco más.

En 2006, el filósofo Benedict Ashley, ya octogenario, publicó un notable libro titulado: *The Way Toward Wisdom: An Interdisciplinary and Intercultural Introduction to Metaphysics*. Allí afirma:

“El término “Uni-versidad” significa muchos-mirando-hacia-uno, y está relacionado con el término “universo”, el todo de la realidad. Así, el nombre ya no parece apropiado para semejante institución moderna tan fragmentada, cuya unidad es provista solamente por su administración financiera, o tal vez, por un equipo deportivo –esto en el caso de las Universidades Americanas, se entiende-. La academia fragmentada, por supuesto, es el resultado de la vigorosa exploración de todo tipo de conocimientos, pero ¿cómo puede satisfacer el fundamental anhelo sobre el cual se basa toda la cultura?”.

Hay quien pudiera pensar que la dimensión paidéica puede ser ya un lujo admitido por razones sentimentales, que lo importante es el fin de la viabilidad, llámese esta social, económica, institucional. Entiendo, y ahora no voy a entrar en ello, que uno de los problemas básicos que subyacen en esta encrucijada, que a no pocos nos deja perplejos, es una concepción de la razón y de la relación entre la comprensión integral de la razón y la que ofrece la razón instrumentalizada, por la matemática y la tecnología, a través de la racionalidad instrumental, algo de lo que ya nos advirtieran Adorno y Horkheimer en su *Dialéctica de la Ilustración*.

No soy de los que piensan que racionalidad instrumental y nihilismo ontológico son dos caras de la misma moneda. Pero lo dejo ahí por si acaso se hubieran matrimoniado o conjugado en estas lides. Y siempre que ocurre esa coyunda, lo que se eclipsa es la verdad, la pretensión de verdad. Quizá una de las manifestaciones de esta situación es la obsesión por la apariencia de verdad, y no por la verdad. Les recomiendo el aforismo 480 de *La voluntad de poder* de F. Nietzsche. Quienes quieran, la razón

secular por ejemplo, hacer que la Universidad se convierta en una comunidad acríticamente reductiva, a-científica por a-histórica y anti-hermenéutica, se equivocan, dado que entonces no estamos hablando de Universidad, estaríamos hablando de otra realidad bien distinta. La Universidad se volvería ininteligible para ella misma y para la sociedad.

Toda Universidad, en sus decisiones, en sus programas, en su oferta académica, en la decisión respecto a los alumnos que quiere tener en sus aulas, refleja, en no menor grado, la cultura, la filosofía, el sentido del que emerge y en el que opera. Quien proponga una escisión intencional de las fuentes intelectuales y morales de la Universidad *qua* Universidad según la demanda de segmentos de la sociedad, está insuflando el virus de la esquizofrenia y minando aquello que constituye el valor intrínseco de la Universidad: la mente orientada hacia la verdad y la correspondiente búsqueda de la verdad, así como el ordenamiento de esas verdades, que es tarea de la sabiduría. La prioridad, por tanto, en este momento de complejidad para la Facultad, para toda Universidad, quizá también para la nuestra, sea la de recuperar y pensar comunitariamente la dimensión integradora y unificadora de las dimensiones constitutivas de la Universidad, el aspecto que unifica la *Scholé* y la *Paideia*. Es la dimensión que voy a denominar meta-ciencia, indagación que trasciende a toda ciencia en particular y a la adquisición de habilidades específicas. Es lo que hace que la Universidad sea una realidad coherente. Es lo que hace, por ejemplo, que en los planes de estudio de nuestra Facultad aparezca la antropología, en la medida en que el camino de nuestra *Scholé* y de nuestra *Paideia* es profundamente humanista en cuanto que cristiano.

Fijémonos en lo que Alasdair MacIntyre dice en su libro *God, Philosophy, Universities*: “Los fines de la educación pueden ser correctamente desarrollados en referencia al fin último de los seres humanos, y el ordenamiento del currículo debe estar orientado a ese fin. Somos capaces de entender lo que debería ser la universidad solo si entendemos qué es el universo, qué es el hombre”.

Nuestra Facultad es una Facultad de Humanidades y de Ciencias de la Comunicación. Y como escribiera John Henry Newman en su ensayo *Cristianismo y letras*, los estudios de filosofía y letras “son casi el objeto directo y el alimento básico del ejercicio intelectual propio de la Universidad”. Y añadía, “la Universidad vive, con toda vehemencia, de la Facultad de Artes o Humanidades”. Palabras que se escribieron en el mes de mayo de 1852 y que conviene no olvidar. Por el bien de todos.

Muchas gracias